



Domingo XIV del T.O: Venid a mí todos los que estáis cansados.

LECTURAS

Lectura del Profeta Zacarías 9,9-10.

Así dice el Señor:
Alégrate, hija de Sión;
canta, hija de Jerusalén;
mira a tu rey que viene a ti
justo y victorioso,
modesto y cabalgando en un asno,
en un pollino de borrica.

Destruirá los carros de Efraín,
los caballos de Jerusalén,
romperá los arcos guerreros,
dictará la paz a las naciones.

Dominará de mar a mar,
desde el Eufrates hasta los confines de la tierra.

Palabra de Dios.

SALMO: Sal 144,1-2. 8-9. 10-11. 13cd-14

R/. Te ensalzaré, Dios mío, mi rey,
benediré tu nombre por siempre jamás.

Te ensalzaré, Dios mío, mi rey,
benediré tu nombre por siempre jamás.
Día tras día te bendiré
y alabaré tu nombre por siempre jamás. **R/.**

El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas. **R/.**

Que todas las criaturas te den gracias, Señor.
Que te bendigan tus fieles,
que proclamen la gloria de tu reino,
que hablen de tus hazañas: **R/.**

El Señor es fiel a sus palabras,
bondadoso en todas sus acciones.
El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan. **R/.**

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 8,9.11-13.

Hermanos:

Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros.

El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo.



Domingo XIV del T.O: Venid a mí todos los que estáis cansados.

Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

Por tanto, estamos en deuda, pero no con la carne para vivir carnalmente. Pues si vivís según la carne, vais a la muerte; pero si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis.

Palabra de Dios.

+ Lectura del santo Evangelio según San Mateo 11,25-30.

En aquel tiempo, Jesús exclamó:

**Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra,
porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos
y las has revelado a la gente sencilla.**

Sí, Padre, así te ha parecido mejor.

**Todo me lo ha entregado mi Padre,
y nadie conoce al Hijo más que el Padre,
y nadie conoce al Padre sino el Hijo
y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.**

**Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados
y yo os aliviaré.**

**Cargad con mi yugo y aprended de mí,
que soy manso y humilde de corazón,
y encontraréis vuestro descanso.**

**Porque mi yugo es llevadero
y mi carga ligera.**

Palabra del Señor.



Domingo XIV del T.O: Venid a mí todos los que estáis cansados.

HOMILIA

La nueva vida (2ª lectura del domingo pasado) que hemos recibido es una vida «en el espíritu», es decir, según el hombre renovado por la acción del Espíritu de Dios que habita en nosotros. El Espíritu de Dios es también el Espíritu de Cristo, pues es el Espíritu que el Señor Jesús envía y que nos une a él para formar con él un solo cuerpo.

Pero nuestra vida, a diferencia de la vida de Jesús resucitado, es aún una vida en esperanza que camina a su plenitud alentada por el mismo Espíritu, fuerza de Dios, que se manifestó en la gloria de la resurrección de Jesús.

Es necesario que hagamos sitio en nuestra vida para el Espíritu de Dios. Si nos dejamos llevar por el Espíritu, seremos efectivamente hijos de Dios. Y si somos hijos, también seremos herederos de aquella gloria que ya posee Cristo, el Señor, que es «primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8, 29).

A simple vista, pudiéramos pensar que Pablo distingue entre dos clases de hombres: los que sirven a la «carne» (los infieles) y los que recibieron el Espíritu de Dios (los fieles). Pero San Pablo amonesta precisamente a los fieles, en los que supone que «habita el Espíritu de Dios» (v. 11), para que no vivan «según la carne» (v. 13). Esta amonestación a los fieles sólo puede explicarse si entendemos que la frontera que separa el ámbito influido por la «carne» del ámbito influido por el Espíritu de Dios, pasa por el corazón de cada uno de los creyentes, comprometiéndolos en un conflicto interior. No se trata, pues, de dos clases de hombres, los buenos y los malos, sino de la división que padece el hombre en sí mismo. El cristiano, conducido por el Espíritu, ha de operar su salvación día a día y dar muerte a las obras del cuerpo, de la «carne», para resucitar con Cristo a una vida eterna según Dios.

.....

Jesús acaba de fracasar en una serie de ciudades de Galilea, su patria. Allí ha realizado numerosos milagros, pero no ha hecho brotar la conversión ni la fe. Y a pesar de su fracaso -es preciso observar la paradoja- Jesús prorrumpe en una acción de gracias: «Te doy gracias, Padre, porque estas cosas se las has revelado a la gente sencilla». Sólo la gente sencilla, los que no tienen doblez, los de corazón ancho, los que no tiene ánimo de complicar las cosas, los que ellos mismos no están complicados con las cosas, los abiertos, los limpios de corazón, los pobres, los disponibles, etc., sólo esos acogen el Reino que Jesús anuncia.

Los sencillos son aquellos que interpretan la vida y la historia como un viaje con Dios a lo largo del cual Dios puede ir educándoles. Un tránsito desde lo que son a lo que tienen que ser, con la seguridad de que, pase lo que pase, Dios siempre estará a su favor. Que ocurra lo que ocurra, siempre hacen, porque pueden y deben, una lectura positiva que les ayuda a crecer en santidad.

.....

«Cargad con mi yugo». Se aplicaba esta imagen a la ley judía. Sabemos que era insoportable, con sus 643 preceptos, que nadie podía cumplir, y apenas saber. Más insoportable aún por el rigor de su interpretación, como se prueba en lo relativo a las purificaciones, ofrendas y sacrificios, descanso del sábado. Jesús se compadece de los que soportaban este yugo deshumanizador. Por eso dice: «venid a mí». Yo os quito ese yugo que os fatiga. Yo pongo sobre vuestros hombros otro yugo que os libera. Yo os quito esa carga que os deprime. Yo echo sobre vuestras espaldas una carga que os fortalece. Mi yugo y mi carga, mi ley es una sola: el amor.

Los «cansados y agobiados» son todos los que se afanaban inútilmente en el cumplimiento de la Ley y de las tradiciones de los judíos. Los fariseos imponían a la gente sencilla un farrago de leyes y obligaciones que ellos mismos no podían soportar y no cumplían (23, 2-4). De esta manera, lo único que conseguían era atormentar las conciencias y dominar sobre los que se sentían culpables. Jesús quiere ser un alivio para todos estos. El había dicho que la ley es para el hombre y no a la inversa («No es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre»), y en muchas ocasiones contesta con obras y palabras al legalismo de los fariseos. Sin embargo, este alivio es a su vez un yugo, sólo que mucho más ligero, porque es el yugo único del amor. Y es «suave» porque el mismo Jesús lleva ese yugo como ningún otro.



Domingo XIV del T.O: Venid a mí todos los que estáis cansados.

-La carga del amor. El amor es el peso menos pesado. Es peso, porque te fuerza, porque echa sobre ti los pesos de los otros, porque te compromete, te responsabiliza y, a veces, te tritura. Pero es el peso menos pesado, porque te regala una energía inmensa, porque es más fuerte que la muerte, porque te sientes feliz y gratificado. El que ama se trasciende.

«Cargad con mi yugo, cargad con mi amor. Nada tan pesado como el amor, pero nada tan ligero como el amor, «Amor meus, pondus meum». El amor es el peso de nuestro corazón. Mi amor es mi peso, pero es también mi estímulo, mi alimento, mi gozo, mi fiesta, mi perfume y mi fuerza». Luz, voz, fragancia, alimento y deleite de mi hombre interior» (San AGUSTIN, Confesiones, X,6,8).

Esta es la única carga indispensable. Por eso Jesús, en la despedida de sus discípulos, les habla de guardar su palabra y de vivir en el amor. «El que me ama guardará mi palabra, y vendremos a él y haremos morada en él». Fijaos qué carga, infinita y llevadera a la vez: el que ama carga con Dios. Dios, nuestro único peso y la fuerza para sobrellevar todos los pesos. Dichoso el que va siempre con esta carga divina.

Subyugados. Se trata, sobre todo, de cargar con el yugo de Jesús. Mejor dicho, se trata de dejarse subyugar por Cristo y el evangelio. Esta palabra -subyugar- expresa a las mil maravillas el profundo sentido evangélico de las palabras de Jesús, pues cuando el yugo es el amor, el único que puede cargar con el yugo es el enamorado. No se trata en consecuencia de cargar con nada, sino de hacerse cargo del amor de Dios para realizarlo en y con los hermanos, con todos los hombres. Sabéis muy bien que, para el que ama, todas las obligaciones están de más. No hace falta que nadie le diga qué tiene que hacer, pues se lo dicta su corazón. Y también sabéis que, cuando falta el amor, todas las leyes son insuficientes. Por eso el evangelio es algo muy sencillo, tan sencillo como amar. Y por eso es sólo para gente sencilla, para los que se dejan llevar del amor: enamorarse y no especular con los sentimientos. Ser cristiano es dejarse llenar del amor de Dios y rebosarlo en los hermanos. Eso es todo.

Una de las invitaciones más cordiales del Evangelio: «Venid a mí...» Una invitación conmovedora. No es complicado. Es cuestión de sencillez, de dejarse arrebatado por la persona de Cristo. Y, para que no todo quede en bellas palabras, valdría la pena meditar esta semana sobre este evangelio. Convertirlo en oración personal. Hacer el propósito de confiar a Cristo las preocupaciones, las fatigas, los desencantos, las trabas de la vida... Aprender a encontrar algún momento diario de silencio para confiarse al Señor a través de la contemplación de su existencia reflejada en los evangelios.

[Enlace a otras homilías para este Domingo](#)



Domingo XIV del T.O: Venid a mí todos los que estáis cansados.

RECURSOS

Nexo entre las lecturas.

El gozoso anuncio mesiánico del profeta Zacarías dirigido a los habitantes de Jerusalén (es lo que significa la metonimia hija de Sión, hija de Jerusalén), proclama con la máxima simplicidad la venida de un rey humilde (viene a ti tu rey) que restablecerá la paz y la justicia en las naciones, y condensa de manera admirable toda la esperanza de salvación del pueblo de Israel (1L). Semejante anuncio profético encuentra su perfecto cumplimiento en Jesucristo manso y humilde de corazón que viene a traer alivio y descanso (EV) a todo aquel que experimenta la fatiga y el agobio que comporta el yugo de la ley antigua. El, conociendo íntimamente al Padre (EV) revela el verdadero rostro de Dios que es compasivo y misericordioso, lento para enojarse y generoso para perdonar (SAL) a todo aquel que con humildad se reconoce necesitado de misericordia: acuérdate Señor de tu misericordia (SAL). Por su parte san Pablo nos recuerda que el plan de salvación que ha venido a instaurar este rey en el mundo, inicia con la conversión del corazón que implica no vivir conforme al desorden egoísta del hombre sino conforme al Espíritu de Cristo (2L).

Mensaje doctrinal

1. Jesús, epifanía del rostro del Padre. En el Evangelio de Mateo que la liturgia pone hoy a nuestra consideración, se nos ofrece una de las revelaciones de carácter cristológico más profundas: Jesús es Hijo eterno del Padre. Te doy gracias Padre Señor de cielo y tierra. Con estas palabras de alabanza y bendición Jesucristo inicia su “confesión” dirigiéndose al Padre. Ellas expresan claramente el reconocimiento del primado del Padre por parte del Hijo (señor de cielo y tierra) y por tanto ponen de manifiesto el carácter trascendente de Dios, que es creador de todo cuanto existe. Pero al mismo tiempo, Jesús se dirige al Padre con el apelativo más íntimo y cercano con que jamás hombre alguno se hubiera atrevido a dirigirse a Dios: Padre. El término preciso en hebreo es *abbá*, que puede ser traducido como papá. Así, si por una parte Jesús nos manifiesta la grandeza del Padre, su señoría y trascendencia, nos revela así mismo su cercanía y su bondad. El Dios que nos revela Jesucristo es un Dios Padre en el sentido más profundo y verdadero. En este sentido, el catecismo de la Iglesia católica nos dice: Al designar a Dios con el nombre de Padre, el lenguaje de la fe indica principalmente dos aspectos: que Dios es origen primero y trascendente de todo y que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos (Catecismo de la Iglesia Católica 239).

Gracias a ese conocimiento recíproco que el Hijo afirma tener con el Padre: nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, Jesucristo puede considerarse en toda verdad como manifestación (epifanía) del rostro del Padre.

2. Los secretos del Reino revelados a los pequeños y humildes. El objeto de la alabanza que Jesús dirige al Padre, te bendigo, oh Padre, Señor de cielo y tierra (Mt 11, 25), consiste en esto: porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a los pequeños (Mt 11, 25b). La indicación indeterminada a la que Jesús hace referencia con la expresión estas cosas, se refiere con toda probabilidad al plan divino de la salvación, al misterio del reino de los cielos que el Hijo vino a instaurar en la tierra pero que no ha sido reconocido por los sabios y entendidos del mundo presente. En esta categoría de sabios y entendidos están comprendidos los jefes del pueblo hebreo, los escribas y fariseos que observaban con minuciosidad la ley dejando a un lado la justicia y el amor a Dios (cfr Lc 11, 42), que tenían la ley en los labios pero no la habían comprendido con el corazón (cfr Is 29, 13). Estos se tenían por la clase culta del pueblo, pensaban ser expertos en el manejo de la Escritura y, sin embargo, no supieron reconocer el designio divino realizado ante su misma mirada, precisamente a través de la mansedumbre del Hijo. Este misterio de salvación lo comprenden, en cambio, aquellos que son humildes y sencillos de corazón, los pobres de espíritu (Mt 5, 3) que se colocan ante Dios en actitud de escucha, de disponibilidad y le reconocen como Señor del cielo y de la tierra, como padre de quien procede todo bien y todo don.

3. Un rostro misericordioso. Presentándose a sí mismo como manso y humilde de corazón Jesucristo nos revela un rostro misericordioso de Dios que es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en perdonar. Son innumerables los salmos que proclaman la nota distintiva característica de Dios en su relación con su pueblo: la bondad y la misericordia. El salmo 103 es en sí mismo un himno que exalta este modo de proceder de Dios con su pueblo: Él, que todas tus culpas perdona, que cura todas tus dolencias, rescata tu vida de la fosa, te corona de amor y de ternura, mientras tu juventud se renueva como el águila. Clemente y compasivo es Yahveh, tardo a la cólera y lleno de amor, no se querrela eternamente ni para siempre guarda rencor; no nos trata según nuestros pecados, ni nos paga conforme a nuestras culpas. Cual la ternura de un padre para



Domingo XIV del T.O: Venid a mí todos los que estáis cansados.

con sus hijos, así de tierno es Yahveh para quienes le temen; que Él sabe de qué estamos plasmados, se acuerda de que somos polvo. (Sal 103, 3-5. 8-10. 13-14).

Sugerencias pastorales

1. Dar a conocer a los hombres el Dios del amor y la misericordia. Al hombre contemporáneo frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, postrado por la sensación de su limitación y asaltado por aspiraciones sin confín, turbado en el ánimo y dividido en el corazón, la mente suspendida por el enigma de la muerte, oprimido por la soledad mientras tiende a la comunión, presa de sentimientos de náusea y hastío, le es necesario encontrarse con el rostro misericordioso de Dios. La Iglesia, como afirma Juan Pablo II, debe dar testimonio de la misericordia de Dios revelada en Cristo en su misión como Mesías, profesándola en primer lugar como verdad salvífica de fe necesaria a una vida coherente con la fe, después buscando introducirla y de encarnarla en la vida, ya sea de sus fieles, ya sea, en cuanto sea posible, en la vida de todos los hombres de buena voluntad (Dives in misericordia 12).

2. Formar un corazón manso y humilde de corazón. Todo cristiano, pero de modo especial el sacerdote, ha de hacer suyo esta invitación de Cristo: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. La mansedumbre y humildad de corazón es un arma poderosa con que cuenta el sacerdote para abrir el corazón de los hombres para ganarlos para Dios. San Juan Bosco alentaba así a sus sacerdotes: ¡Cuántas veces, hijos míos, durante mi vida, ya bastante prolongada, he tenido ocasión de convencerme de esta gran verdad! Es más fácil enojarse que aguantar, amenazar que persuadir; añadiré incluso que, para nuestra impaciencia y soberbia, resulta más cómodo castigar a los rebeldes que corregirlos, sopor tándolos con firmeza y suavidad a la vez. [...] Mantengamos sereno nuestro espíritu, evitemos el desprecio en la mirada, las palabras hirientes; tengamos comprensión en el presente y esperanza en el futuro, como conviene a unos padres de verdad que se preocupan sinceramente de la corrección y enmienda de sus hijos (Epistolario, Turín 1959, 4, 201-203).

La mansedumbre es la virtud que tiene por objeto moderar la ira según la recta razón. Santo Tomás, citando a Aristóteles, distingue en la II-II, q. 157, a 1 y q.158, a1,2 y a 8 dedicadas al estudio de la mansedumbre y de la ira, tres tipos de ira en el hombre: la de los violentos (acuti) que se irritan en seguida y por el más leve motivo; la de los rencorosos (amari) que recuerdan mucho tiempo el recuerdo de las injurias recibidas; y la de los obstinados (difficiles sive graves) que no descansan hasta que logran vengarse. Todas estas formas de ira tan ajenas a la mansedumbre de corazón están totalmente ausentes en el modo en que Dios trata a su pueblo y que viene confirmado por el Hijo en su modo de tratar y dirigirse a los hombres.

¡Cuánto bien podemos hacer a nuestros fieles dirigiéndonos siempre a ellos con bondad, sin mostrar impaciencia ante sus deficiencias y limitaciones personales, indignación ante sus miserias! ¡Cuánto bien podemos hacer evitando disputas, voces destempladas, palabras, gestos o acciones bruscas que puedan herir la sensibilidad de nuestros hermanos, acogiendo con benevolencia a los pobres, a los afligidos, a los enfermos, a los pecadores, y también, suavizando con buen tacto las justas reprensiones que sean convenientes al bien de las almas!

Por otra parte, el sacerdote debe enseñar a los fieles a vivir esta faceta del amor con todos los miembros de la comunidad parroquial. Enseñarles a no devolver mal por mal, a no hablar mal de los demás, a saber dominar las reacciones de enojo y de ira hacia los demás, a tratar con buenas maneras a sus hermanos.